

tariamente realizada por dos marineros que cantaban á la vista del mar la muerte de un soldado.

La roca me ha recordado una grandeza monárquica; el camino una celebridad plebeya: he comparado con el pensamiento los hombres de las dos estremidades de la sociedad, y me he preguntado á cuál de estas épocas hubiera deseado pertenecer. Cuando el presente haya desaparecido como el pasado, ¿cuál de estas dos famas atraerá mas miradas de la posteridad?

Y sin embargo, ¿si los hechos fueran todo; si el valor de los nombres no contrapesase en la historia el valor de los acontecimientos, ¿qué diferencia entre mi época y la que trascurrió desde la muerte de Enrique IV hasta la de Mazarino? ¿Qué son las revueltas de 1648 comparadas con esta revolución, que ha devorado al antiguo mundo, que lo matará tal vez, no dejando tras de sí ni vieja sociedad ni nueva? ¿No tenia yo que pintar en mis *Memorias* cuadros de una importancia mayor que las escenas referidas por el duque de La Rochefoucauld? En Dieppe mismo, ¿qué es el negligente y voluptuoso ídolo de París, seducido y rebelde, al lado de la duquesa de Berry? Ya no se oyen los cañonazos que anunciaban al mar la presencia de la viuda real; la adulación del humo y de la pólvora no ha dejado sobre la costa mas que el mugido de las olas.

Las dos hijas de Borbon, Ana Genoveva y María Carolina, se han retirado; los dos marineros de la canción del poeta plebeyo se abismaron. Dieppe no me posee ya; era otro yo, un yo de mis primeros días ya pasados, el que habitó en otro tiempo estos lugares, y este yo ha sucumbido, porque nuestros días mueren antes que nosotros. Aquí me habeis visto, de subteniente del regimiento de Navarra, enseñar reclutas en los pedregales; me habeis visto desterrado en tiempo de Bonaparte; me volveréis á hallar cuando las jornadas de julio vengán á sorprenderme. Héme aquí todavía; tomo de nuevo la pluma para continuar mis confesiones.

A fin de reconocernos, es conveniente echar una ojeada sobre el estado de mis *Memorias*.

ESTADO DE MIS MEMORIAS.

Me ha acontecido lo que acontece á todo el que trabaja en grande escala; primeramente he levantado los pabellones de las estremidades; despues, mudando aquí y allá mis andamios, he subido la piedra y el cimiento de las construcciones intermedias; muchos siglos se han gastado en la conclusion de catedrales góticas. Si el cielo me concede vivir, se concluirá el monumento de mis diversos años; el arquitecto, siempre el mismo, habrá cambiado solamente de edad. Por lo demás, es un suplicio conservar intacta su inteligencia, encerrada en una envoltura material gastada. San Agustín, sintiendo que se deshacia su barro, decía á Dios: «Servid de tabernáculo á mi alma;» y á los hombres: «Cuando me hayais conocido en este libro, rogad por mí.»

Treinta y seis años han pasado entre el principio y fin de estas *Memorias*. ¿Cómo anudar con algun ardor la narración de un asunto lleno en otro tiempo de pasión y de fuego, cuando no viven ya las personas de quien tengo que ocuparme, cuando se trata de despertar efigies heladas en el fondo de la eternidad, de bajar á una fosa fúnebre, para representar allí la vida? ¿No estoy yo mismo casi muerto? ¿No han cambiado mis opiniones? ¿Veo yo los objetos bajo el mismo punto de vista? Estos acontecimientos personales que me perturbaban tanto, los acontecimientos generales y prodigiosos que los han acompañado ó sucedido, ¿no han disminuido en importancia á los ojos del mundo y á los míos? Todo el que prolonga su carrera siente resfriarse sus horas, ya no encuentra al día siguiente

el interés de la vispera. Cuando rebusco en mi imaginación, hay nombres y hasta personajes que escapan á mi memoria, y sin embargo tal vez habian hecho palpar mi corazón: ¿vanidad del hombre olvidadizo y olvidado! No basta decir á los pensamientos, á los amores: «Renaced!» para que renazcan; la region de las sombras no se puede abrir mas que con la rama de oro, y es necesario una mano jóven para cortarla.

Dieppe 1836.

AÑO 1800.—VISTA DE LA FRANCIA.—LLEGO Á PARÍS.

Aucuns venans des Lares patries. (*Rabelais*.)

Encerrado ocho años en la Gran-Bretaña, yo no habia visto mas que el mundo ingles, tan diferente, entonces sobre todo, del resto del mundo europeo. A medida que el paquebot de Douvres se acercaba á Calais, en la primavera de 1800, mis miradas se dirigian á la costa. Me admiraba el aspecto pobre del país; apenas se veian algunos mástiles en el puerto; una poblacion de carmanola y gorro de algodón avanzaba ante nosotros á lo largo del muelle; los vencedores del continente nos fueron anunciados por el ruido de los zuecos. Cuando llegamos al muelle, los gendarmes y los aduaneros saltaron al puente y registraron nuestro equipaje y los pasaportes; en Francia un hombre es siempre sospechoso, y la primera cosa que se ve en nuestros negocios, como en nuestras diversiones, es un sombrero de tres picos ó una bayoneta.

Mad. Lindsay nos esperaba en la posada; al día siguiente partimos con ella hacia París, Mad. d'Aguesseau, una jóven parienta suya, y yo. En el camino apenas se veian hombres: mujeres ennegrecidas y escualidas, con los pies desnudos, la cabeza descubierta, ó rodeada con un pañuelo, labraban los campos: se las podia tomar por esclavas. Yo me debía haber admirado de la independencia y de la virilidad de esta tierra, en la cual las mujeres manejaban el arado y los hombres el mosquete. Parecía que el fuego habia atravesado por los pueblos; estaban miserables y medio derruidos; por todas partes lodo y polvo, humo y escombros.

A derecha é izquierda del camino se mostraban castillos arruinados: de sus bosques arrasados apenas quedaban algunos troncos en que jugaban los muchachos. Se veian paredes de cercados agujereadas, iglesias abandonadas, cuyos muertos habian sido exhumados, torres sin campanas, cementerios sin cruces, con santos sin cabezas, apedreados en sus nichos. Sobre las murallas estaban pintarrajeadas estas inscripciones republicanas, ya envejecidas: *Libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte*. Algunas veces se habia intentado borrar la palabra *muerte*; pero las letras negras ó encarnadas reaparecian debajo de una capa de cal. Esta nación, que parecía á punto de disolverse, comenzaba una vida nueva, como esos pueblos que salen de las tinieblas de la barbarie y de la destruccion de la edad media.

Al acercarnos á París, entre Ecouen y París, las calles de árboles no habian sido abatidas; me sorprendí al ver estas avenidas itinerarias, desconocidas en el suelo ingles. La Francia me era tan nueva como me habian sido las florestas de América. San Dionisio estaba descubierto: las ventanas rotas, la lluvia penetraba en sus naves verdosas, y ya no habia allí sepulcros; despues he visto los huesos de Luis XVI, los cosacos, el féretro del duque de Berry, y el catafalco de Luis XVIII.

Augusto de Lamoignon salió á recibir á madama Lindsay; su elegante equipaje contrastaba con las pesadas carretas, las sucias diligencias, destartalladas, arrastradas por caballos matalones enganchados con

cuerdas, que yo habia visto desde Calais. Mad. Lindsay vivia en los Thernes. Me apeé en el camino de la Revolte, y me dirigí al pié, al través de los sembrados, á casa de mi huésped. Permaneci veinte y cuatro horas en su casa, y vi allí un grande y gerdo caballero, llamado Lassalle, que le servia para arreglar los asuntos de los emigrados. Hizo saber á Fontanes mi llegada; al cabo de cuarenta y ocho horas me vino á buscar á un cuartito que Mad. Lindsay me habia tomado en una posada inmediata á su casa.

Era domingo: hacia las tres de la tarde entramos á pié en París por la barrera de la Estrella. No tenemos una idea hoy de la impresion que los excesos de la revolucion habian hecho en los espíritus en Europa, y principalmente entre los hombres aseatos de Francia durante el terror: me parecia que iba á bajar á los infiernos. Yo habia presenciado, es cierto, los principios de la revolucion; pero los grandes crímenes no se habian cometido todavía, y habia quedado subyugado por los hechos subsiguientes, tales como se contaban en medio de la sociedad pacífica y regular de Inglaterra.

Avanzando con mi nombre supuesto, y persuadido de que comprometia á mi amigo Fontanes, oí, con grande admiración, al entrar en los Campos-Eliseos, sonidos de violin, de trompa, de clarinete y de tambor; vi gentes que bailaban en diferentes grupos; y mas allá se me presentó el palacio de las Tullerías en medio de sus arboledas. En cuanto á la plaza de Luis XV, se hallaba desnuda; tenia la ruina, el aire melancólico y abandonado de un viejo anfiteatro; se pasaba por allí deprisa; yo me sorprendia de no oír quejidos; temia poner el pié sobre sangre, de que no hubiera ya señales; mis ojos no podian separarse del punto del cielo donde se habia levantado el instrumento de muerte; yo creia ver en camisa, atados á la máquina sangrienta, á mi hermano y mi cuñada; allí habia caído la cabeza de Luis XVI. A pesar de la alegría que reinaba en la calle, las torres de las iglesias estaban mudas; me parecia que habia entrado el día del inmenso dolor, el Viernes Santo.

Mr. de Fontanes vivia en la calle de San Honorato, cerca de San Roque. Me llevó á su casa, me presentó á su mujer, y me condujo en seguida á casa de su amigo Mr. Joubert, donde encontré un abrigo provisional, en el cual fui recibido como un viajero de quien se le oia hablar.

Al día siguiente fui á la policía con el nombre de Lassagne á entregar mi pasaporte, y tomar en cambio, para permanecer en París, permiso que renovaba de mes en mes. Al cabo de algunos días alquilé un entresuelo en la calle de Lille, al lado de la calle de Saints-Pères.

Yo habia traído *El Genio del Cristianismo* y las primeras hojas impresas en Londres. Me dirigieron á monsieur Migueret, hombre digno, que consintió en encargarse de continuar la impresion interrumpida, y en darme adelantado algo para vivir. Nadie conocia mi *Ensayo sobre las Revoluciones*, á pesar de lo que me habia escrito Mr. Lemiere. Desenterré al viejo filósofo Delisle de Sales, que acababa de publicar su *Memoria en favor de Dios*, y me dirigí á casa de Ginguéné. Vivia este en la calle Grenelle-Saint Germain, cerca del Buen La-Fontaine. Aun se leia en el cuarto del conserje: *Aquí nos honramos con el titulo de ciudadano, y se tutea á todo el mundo. Cierra la puerta, si gustais*. Subí; monsieur Ginguéné, que me reconoció apenas, me habló, desde lo alto de su grandeza, de todo lo que era y habia sido. Yo me retiré humildemente, y no procuré anudar relaciones tan desproporcionadas. Alimentaba siempre en el fondo del corazón los recuerdos y los sinsabores de Inglaterra; habia vivido tanto tiempo en este país, que habia contraído sus hábitos; no podia acomodarme á la suciedad de nuestras casas, de nuestras escaleras,

de nuestra mesa, á nuestra propia limpieza, á nuestro ruido, á nuestra familiaridad, á la indiscrecion de nuestra habladería; era inglés en las maneras, en el gusto, y hasta cierto punto de pensamientos; porque sí, como se cree, lord Byron se ha inspirado con René alguna vez en su *Childe-Harold*, tambien es cierto que ocho años de residencia en la Gran-Bretaña, precedidos de un viaje á América; que un largo hábito de hablar, de escribir, y aun de pensar en inglés, habian influido necesariamente en el curso y expresion de mis ideas. Pero poco á poco gusté la sociabilidad que nos distingue; este comercio encantador, fácil y rápido de las inteligencias; esta ausencia de toda seriedad y preocupacion; esta indiferencia á la fortuna y á los nombres; esta nivelacion natural de todas las clases; esta igualdad de los espíritus, que hace la sociedad francesa incomparable, y que encubre nuestros defectos, despues de algunos meses de establecerse entre nosotros, se conoce que no se puede vivir mas que en París.

París 1837.

AÑO 1800.—MI VIDA EN PARÍS.

Me encerré en el fondo de mi entresuelo, y me entregué al trabajo. En los intervalos de descanso iba á hacer reconocimientos por diferentes puntos. En medio del palacio real se habia rellenado el Circo; Camilo Desmoulin no peroraba ya al raso; ya no se veian circular prostitutas á bandadas, compañeras virginales de la diosa Razon, marchando bajo la direccion de David, director de trajes y sacerdote. Al final de cada anden se encontraban en las galerías hombres que voceaban curiosidades: *sombras chinescas, vistas de óptica, gabinetes de fisica, fieras extrañas*; á pesar de tantas cabezas cortadas, aun quedaban ociosos. Del fondo de los subterráneos del Palais-Marchand salian voces de música, acompañadas de organillos; tal vez habitaban allí gigantes á quien yo buscaba, y que debian haber producido necesariamente grandes acontecimientos. Yo bajé, y vi un baile subterráneo que se agitaba en medio de espectadores que se hallaban sentados y bebiendo cerveza; un jorobadillo, sentado sobre una mesa, tocaba el violin y cantaba un himno á Bonaparte, que terminaba con estos versos:

Par ses vertus, par ses attraits
il méritait d'être leur père!

Un sueldo se le daba despues del ritornelo. Tal es el fondo de esta sociedad humana que dirigió Alejandro y dirigió Napoleon.

Yo visitaba los lugares que frecuentaba en mis primeros años. En mis conventos de otros tiempos, los clubistas habian sido arrojados de ellos despues de los monges. Vagando por la espalda del Luxemburgo, me dirigí á la Cartuja, que acababa de ser demolida.

La plaza de las Victorias y de Vendôme lloraban las efigies ausentes del gran rey; la comunidad de los capuchinos estaba saqueada; el claustro interior servia á Robertson para la fantasmagoría. En los Franciscanos busqué en vano la nave gótica donde yo habia visto á Marat y Danton en su buena época. Sobre el muelle de los Teatinos la iglesia de estos religiosos se habia convertido en café y sala de danzantes de cuerda. A la puerta, un trasparente representaba volatineros, y se leia por debajo en letras muy gordas: *Espectáculo gratis*. Yo me mezclé á la multitud en este antro pérfido: apenas me habia sentado, cuando entraron los criados con la servilleta en la mano, gritando como rabiosos: «¡Consumid, señores; consumid!» No me lo hice repetir dos veces, y me evadí suavemente en medio de los silbidos de la asamblea, porque yo no tenia para *consumir*.

CAMBIO DE LA SOCIEDAD.

La revolucion se ha dividido en tres partes, que no tienen nada de comun entre sí; la república, el imperio y la restauracion: estos tres mundos diversos, todos tres tan completamente acabados los unos como los otros, parecen separados por siglos. Cada uno de estos tres mundos ha tenido un principio fijo: el principio de la república era la igualdad; el del imperio la fuerza; el de la restauracion la libertad. La época republicana es la mas original y la mas profundamente grabada, porque ha sido única en la historia: jamás se habia visto, jamás se verá el orden físico producido por el desorden moral, la unidad saliendo del gobierno de la multitud, el cadalso sustituyendo á la ley, y obedecido en nombre de la humanidad.

Yo asistí, en 1801, á la segunda transformacion social. La mezcla era extravagante; por un disfraz convenido, una multitud se convertia en personajes no siendo nada; cada uno llevaba su nombre de guerra, ó fingido, pendiente de su cuello, como los venecianos llevan en Carnaval una mascarilla en la mano para dar á entender que van enmascarados. El uno era reputado italiano ó español; el otro prusiano ú holandés; yo era suizo. La madre pasaba por tia de su hijo, el padre por tio de su hija; el propietario de una tierra no era mas que el administrador. Este movimiento me recordaba, en un sentido opuesto, el movimiento de 1789, cuando los monges y los frailes salieron de su claustro, y la antigua sociedad fue invadida por la nueva; esta, despues de haber reemplazado á aquella, era á su vez reemplazada.

Sin embargo, el mundo ordenado comenzaba á renacer; se abandonaban los cafés y la calle para retirarse á casa; se reunian los restos de la familia; se arreglaba su herencia reuniendo los restos, como despues de una batalla se toca á llamada y se hace el recuento de la gente que se ha perdido. Las iglesias que habian quedado se abrian; yo tuve la dicha de tocar la trompeta á la puerta del templo. Se distinguian las viejas generaciones republicanas que se retiraban de las generaciones republicanas que avanzaban. Al lado de generales de la requisicion, pobres, de lenguaje rudo, de severo continente, y que de todas sus campañas no habian sacado mas que heridas y vestidos agujereados, cruzaban los oficiales relumbrantes de oro del ejército consular. El emigrado que habia vuelto, hablaba tranquilamente con los asesinos de alguno de sus parientes. Todos los porteros, acérrimos partidarios del difunto Robespierre, echaban de menos los espectáculos de la plaza de Luis XV, donde se cortaba la cabeza á mujeres que (me decia mi propio conserje de la calle de Lille) tenían el cuello blanco como carne de pollo. Los setembristas, habiendo cambiado de cuartel, se habian hecho vendedores de manzanas cocidas, pero se veian á cada momento obligados á abandonar el puesto, porque el pueblo, que los reconocia, destrozaba su puestecillo, y los queria matar. Los revolucionarios ricos comenzaban á colocarse en las grandes casas vendidas del barrio de Saint-Germain: Dispuestos á hacerse barones ó condes, los jacobinos no hablaban mas que de los horrores de 1793, de la necesidad de castigar á los proletarios y de reprimir los excesos del populacho. Bonaparte, colocando á los Brutos y los Escévolas en su policia, se preparaba á cubrirlos de cintajos, á ensuciarlos con títulos, á obligarlos á hacer traicion á sus opiniones, á deshonrarlos con sus crímenes. A todo esto nacia una generacion vigorosa sembrada en la sangre, y levantándose para no derramar mas que la del extranjero: de dia en dia se cumplia la metamorfosis de los republicanos en imperialistas, y de la tiranía de todos en el despotismo de uno solo.

Paris 1837.

Revisado en diciembre de 1846.

AÑO DE MI VIDA 1801.—EL MERCURIO.—LA ATALA.

Sin dejar de ocuparme en cercenar, aumentar ó modificar los originales de *El Genio del Cristianismo*, la necesidad me obligaba á entregarme á otros trabajos. Mr. de Fontanes redactaba por entonces *El Mercurio de Francia*: me propuso escribir en aquel periódico. Estas luchas no dejaban de ofrecer algun peligro: no se podia llegar hasta la política, sino por medio de la literatura, y la policia de Bonaparte entendia con media palabra. Una circunstancia singular, impidiéndome el dormir, prolongaba mis horas de trabajo dejándome mas tiempo. Habia yo comprado dos tórtolas que arrullaban sin cesar: en vano las encerraba por la noche dentro de mi maleta de viaje, pues no por eso dejaban de arrullar. En uno de los momentos de insomnio que estas me causaban, se me ocurrió insertar en *El Mercurio* una carta á Mad. de Staël. Este capricho me hizo salir repentinamente de la oscuridad; lo que no habian podido conseguir mis dos abultados volúmenes *Sobre las revoluciones*, lo consiguieron unas cuantas páginas de un periódico. Mi cabeza se asomó un poco por cima de la sombra.

Este primer resultado parecia anunciar el que le iba á seguir. Ocupábame en revisar las pruebas de *La Atala* (episodio introducido, así como *René* en *El Genio del Cristianismo*), cuando noté que me faltaban los originales. Apoderóse el temor de mi creyendo me habian robado mi novela, lo que seguramente era un temor harto infundado, porque nadie creeria que yo valiese la pena de ser robado. Pero de cualquier modo que sea, me determiné á publicar *La Atala* aparte, anunciando mi resolucion en una carta dirigida al *Diario de los Debates* y á *El Publicista*.

Antes de aventurar á la prensa mi trabajo se lo enseñé á Mr. de Fontanes: habia leído ya este algunos fragmentos en Londres. Cuando hubo llegado al discurso del P. Aubry, al lado del lecho de muerte de Atala, me dijo con un tono brusco y lleno de acritud: —«¡Esto no está bien; es detestable; corregidlo!» Quedé petrificado; yo no me sentia capaz de hacerlo mejor. Quise arrojarlo todo al fuego; pasé desde las ocho hasta las once de la noche en mi entresuelo, sentado delante de mi mesa, con la frente apoyada sobre el dorso de mis manos, extendidas y abiertas sobre mis manuscritos. Estaba irritado contra Fontanes; lo estaba conmigo mismo, y ni aun procuraba escribir, tan desesperado estaba de mis propias fuerzas. A eso de las doce el canto de las tórtolas llegó á mis oídos, suavizado por la distancia y mas tierno aun por salir de la prision en que las tenia encerradas; la inspiracion descendió con él; tracé de corrido el discurso del misionero, sin una sola enmienda, sin interlinear una sola palabra, tal como ha quedado y tal como hoy existe. Con el corazon palpitante lo llevé á Fontanes, que exclamó al leerlo: —«¡Esto es, esto es; ya os habia yo dicho que podiais hacerlo mejor!»

De la publicacion de *Atala* data el ruido que he hecho en el mundo; cesé de vivir para mí, y empecé mi vida pública. Despues de tantos acontecimientos militares, un acontecimiento literario era un prodigio, y todos lo ansiaban. La singularidad de la obra la hacia aun mas sorprendente al público. *Atala*, cayendo en medio de la literatura del imperio, de esa escuela clásica, vieja rejuvenecida, cuya sola vista inspiraba fastidio, era una produccion de un género desconocido. No se sabia si debía ser clasificada entre las monstruosidades ó entre las bellezas; ¿era una Gorgonida ó una Venus? Los académicos reunidos disertaron muy doctamente sobre su sexo y sobre su naturaleza, lo

mismo que sobre *El Genio del Cristianismo*. El viejo siglo la desechó, el nuevo la acogió.

Atala llegó á ser tan popular, que fué á engrosar con la Brinvilliers la coleccion de *Curtius*. Las posadas hallábanse adornadas de grabados verdes, azules y encarnados, que representaban á Chactas, al padre Aubry y á la hija de Simaghan. En cajas de madera, en los muelles, enseñábanse mis personajes hechos de cera, como se enseñan las imágenes y los santos en la feria. Yo vi en un teatro del boulevard mi selvática heroína, adornada con plumas de gallo, que hablaba del alma de la soledad á un salvaje de su especie, de una manera que me hizo sudar de vergüenza. En el teatro de las Variedades representaban una pieza, en la que una muchacha y un jóven recién salido del colegio se iban en un barco á casar á su pueblo: como al desembarcar ellos no hablaran, con aspecto salvaje, sino de cocodrilos, cigüeñas y selvas, sus parientes creyeron que se habian vuelto locos. Las parodias, las caricaturas, las burlas, llovian sobre mí. El abate Morellet, para confundirme, hizo sentar á su criada sobre sus rodillas, pero no pudo tener los pies de la jóven virgen en sus manos como Chactas tenia los pies de Atala durante la tempestad. Si el Chactas de la calle de Anjou se hubiese hecho pintar de esta manera, le hubiese perdonado su critica.

Todo esto no hacia mas que aumentar el ruido de mi aparicion. Estuve á la moda. La cabeza me se trastornó: desconocia los goces del amor propio, y me estasié con ellos. Amaba la gloria, como á una mujer, como á un primer amor. Sin embargo, perezoso como yo era mi espanto igualaba á mi pasion, pareciéndome á un soldado visono que avanza con temor hácia el fuego del enemigo.

Mi natural misantropía, y la duda que siempre he abrigado con respecto á mi talento, me hacian humilde en medio de mis triunfos. Procuraba sustraerme á mi esplendor; paseábame por sitios apartados, trabajando para apagar la aureola con que mi frente estaba coronada. Por la tarde, con el sombrero metido hasta las cejas, de miedo que me conociesen, me dirigia á un oscuro café á leer á escondidas mi elogio en algun periódico desconocido. Frente á frente con mi fama, extendia mis paseos hasta la bomba de incendios de Chaillot (1), sobre el mismo camino en que tanto habia sufrido. Cuando fuí á la córte, hallábame desconcertado con mis nuevos honores. Cuando mi superioridad comia á treinta sueldos en el país latino, procuraba sustraerme á las miradas de que creia ser objeto. Me contemplaba, y decia para mí: —«¿Eres tú, sin embargo, criatura extraordinaria, la que comes como cualquier otro hombre?» Habia en los Campos-Eliseos un café, por el que tenia una especial predileccion, por haber en él algunos ruseñores, suspendidos en sus jaulas alrededor del salon: Mad. Rouseau, dueña del café, me conocia de vista, sin saber quién era. A cosa de las diez tomaba una taza de café, y buscaba á *Atala* entre los anuncios, á la voz de mis cinco ó seis filomenas. ¡Ay! al poco tiempo vi morir á madame Rouseau: nuestra sociedad de ruseñores y de la indiana, que cantaba: «Dulce costumbre de amar tan necesaria á la vida.» no duró mas que un momento.

Si el renombre no podia prolongar en mí el estúpido éxtasis de mi vanidad, ni prevenir mi razon, tenia peligros de otra especie: estos peligros aumentaron á la aparicion de *El Genio del Cristianismo*, y con mi dimision por la muerte del duque de Enghien. Entonces vinieron á asediarme, juntamente con las muchachas que lloran leyendo novelas, la multitud de cristianas, y esas otras nobles entusiastas á las que una noble accion hace palpar el corazon. Las ma-

(1) Bomba que surte de agua á casi todo París.

(Nota del traductor.)

tronas de trece y catorce años eran las mas peligrosas, porque no sabiéndose ni lo que ellas quieren, ni lo que ellas os quieren, llevan seducida vuestra imaginación á un mundo de fábulas, de cintas y de flores. J.J. Rousseau habla de las declaraciones que recibió á la publicacion de la *Nueva Eloísa* y de las conquistas que le fueron ofrecidas: yo no sé si hubieran correspondido los hechos á las palabras; pero sé decir que me hallaba sepultado bajo una lluvia de billetes perfumados; si estos billetes no fuesen hoy billetes de venerables abuelas, me seria muy embarazoso el contar con la debida modestia cómo se disputaban una palabra de mi mano, cómo se recogia un sobre de mi letra y cómo ruborizándose lo ocultaban, bajando la cabeza, bajo ese suelto velo de una larga cabellera: menester es confesar que mi naturaleza ha sido buena cuando no se ha echado á perder con tanto mimo.

Sea por verdadera galantería ó por curiosa debilidad, me dejaba algunas veces arrastrar hasta el punto de creerme obligado á ir á dar las gracias en persona á estas desconocidas que me enviaban sus nombres con sus adulaciones: un dia, en un piso cuarto, hallé una criatura encantadora al cuidado de su madre, en cuya casa no volví á poner los pies. Una polaca me esperaba en salones forrados de seda; ingerto de odaliscas y de *valkyria*, asemejábase á la violeta silvestre de blancas flores, ó á una de esos elegantes arbustos que reemplazan á las otras hijas de Flora cuando su estacion no ha llegado ó ha pasado ya: este coro femenino, variado en años y belleza, era mi antigua sílfide realizada. El doble efecto sobre mi vanidad y mis sentimientos podria ser tanto mas peligroso, cuanto que hasta entonces, exceptuando unas relaciones formales, yo no habia sido ni buscado ni preferido en el comun de los jóvenes. Sin embargo, debo decirlo: aun cuando me hubiera sido fácil abusar de una ilusion pasajera, la idea de una felicidad conseguida por el casto camino de la religion abrumaba mi sinceridad: ser amado al través de *El Genio del Cristianismo*, amado por la Estrema-uncion, por la *Fiesta de los muertos*! ¡Oh! ¡Nunca hubiera yo sido un infame *Tartuffo*! He conocido un médico provenzal, llamado Vigaroux, llegado á la edad en que cada placer roba un dia de vida: «No tenia, segun aseguraba él mismo, remordimiento alguno por el tiempo perdido de este modo; sin pensar en devolver la felicidad que recibia, caminaba hácia la muerte de la que esperaba hacer su poster delicia.» Yo fui, sin embargo, testigo de sus pobres lágrimas cuando espiró: no pudo ocultarme su afliccion; era demasiado tarde: sus cabellos blancos no descendian lo bastante para ocultar y enjugar sus lágrimas. El hombre mas desgraciado, al dejar la tierra, es el incrédulo; para el hombre sin fe tiene una cosa de cruel la existencia, el que le hace sentir la nada: si no se hubiese nacido no se experimentaria ese horror al cesar de ser: la vida del ateo es un espantoso relámpago, que solo sirve para descubrir un abismo.

¡Dios de grandeza y de misericordia! ¡Vos no nos habeis criado para sufrimientos tan efimeros y para una miserable felicidad! Nuestro desencantamiento inevitable nos advierte que nuestros destinos son mas sublimes. Cualesquiera que hayan sido nuestros errores, si hemos conservado un alma algo grave y hemos pensado en medio de nuestras debilidades, seremos transportados, cuando vuestra bondad nos liberte del mundo, á esa region en donde las aficciones son eternas.

Paris 1837.

AÑO DE MI VIDA 1801.—MADAMA DE BEAUMONT.—SU SOCIEDAD.

No tardé en recibir el castigo de mi vanidad de autor, la mas detestable de todas, si no fuese la mas

neicia: había creído poder saborear *in petto* la satisfacción de ser un genio sublime, no llevando como hoy día una barba y un vestido extraordinario, sino yendo ataviado como los demás y sin mas distinción que la superioridad. ¡Esperanza inútil! Mi orgullo debía ser castigado; la corrección me vino de parte de los hombres políticos, con quienes tuve que relacionarme: la celebridad tiene también su responsabilidad.

Mr. de Fontanes estaba en relaciones con Mad. Bacciocchi: me presentó á la hermana de Bonaparte, y poco despues al hermano del primer cónsul, á Luciano. Tenia esta una casa de campo cerca de Senlis (le Plessis), donde me veía obligado á ir á comer; esta casa había pertenecido al cardenal de Bernis. Luciano tenia en su jardín la tumba de su primera esposa, mujer medio alemana y medio española, y el recuerdo del poeta cardenal. La ninfa que alimentaba un arroyo socavado con la azada, era una mula que sacaba el agua de una noria: este era el principio de todos los rios que Bonaparte debía hacer correr en su imperio. Trabajábase en mi gloria; ya me llamaban y yo mismo me nombraba *Chateaubriand*, olvidando que debía llamarme *Las-sagne*. Acercáronse algunos emigrados, entre otros los señores de Bonald y Chenedolle. Cristian de Lamoignon, mi compañero de destierro en Londres, me condujo á casa de Mad. Recamier: el velo se corrió súbitamente entre ella y yo.

La persona que mas ocupó mi existencia á mi vuelta de la emigración fue la señora condesa de Beaumont. Vivía esta una parte del año en la casa de campo de Passy, cerca de Villeneuve-sur-Jonne, que habitaba Mr. Joubert en el verano. Mad. de Beaumont volvió á París, y deseó conocerme.

Para hacer de mi vida una larga cadena de tristes recuerdos, la Providencia quiso que la primera persona que me acogió benévolutamente al empezar mi carrera pública fuese también la primera que desapareciese. Mad. de Beaumont abre la marcha fúnebre de esas mujeres que han pasado delante de mí. Mis mas lejanos recuerdos reposan sobre cenizas, y han continuado pasando de ataúd en ataúd: como el Pandito indio, yo recito las oraciones de los muertos hasta que las flores de mi rosario se hayan marchitado.

Mad. de Beaumont era hija de Armand Marc de Saint-Heran, conde de Montmorin, embajador de Francia en Madrid, comandante en Bretaña, miembro de la asamblea de los Notables en 1787, y encargado del ministerio de Negocios Extranjeros en el reinado de Luis XVI, de quien era muy querido: pereció en el cadalso, adonde le siguieron algunas personas de su familia.

Mad. de Beaumont, aunque mas bien afeada que embellecida, está muy parecida en un retrato hecho por Mad. Lebrun. Su cara era pálida y flaca; sus ojos, en forma de almendra, hubieran despedido demasiado brillo si una dulzura extraordinaria no apagase un poco su mirada, tal como un rayo de luz se suaviza al atravesar por el agua. Tenia su carácter una especie de impaciencia que se resentía de la violencia de sus sentimientos y del mal interno que padecía. Alma elevada, de gran valor, había nacido para el mundo, de donde su espíritu se había retirado por la desgracia; pero cuando una voz amiga despertaba aquella inteligencia solitaria, presentábase esta y os enviaba algunas palabras del cielo. La extremada debilidad de Mad. de Beaumont le hacia hablar muy despacio; pero esta lentitud tenia su encanto indefinible; nunca conocí afligida á aquella mujer, sino en el momento de su fuga; hallábase ya herida de muerte, y me consagré enteramente á sus dolores. Había yo tomado una habitación en la calle de Sain-Honoré, en la casa de Etampes, cerca de lo calle Nueva-del-Luxemburgo. Mad. de Beau-

mont ocupaba en esta última calle una habitación, que daba sobre los jardines del ministerio de justicia. Todas las tardes iba yo á su casa con sus amigos y los míos, Mr. Joubert, Mr. de Fontanes, Mr. de Bonald, Mr. Molé, Mr. Pasquier, Mr. Chenedolle, hombres que han figurado en las letras y en los negocios.

Lleno de caprichos y de originalidades, Mr. Joubert será siempre echado de menos por los que le han conocido. Tenia un extraordinario ascendiente sobre el espíritu y sobre el corazón, y cuando una vez se había apoderado de uno su imagen, se conservaba siempre como un hecho, como un pensamiento fijo, como una obsesión que no se podía desechar. Aparentaba una impasibilidad completa, y sin embargo nadie se afectaba con mas violencia que él: estaba siempre sobre sí para contener estas emociones del alma que creía dañosas á su salud, y sus amigos venían siempre á destruir las precauciones que había tomado para cortarlas, porque no podia menos de conmoverse de sus tristezas ó de sus alegrías; era un egoísta que solo se ocupaba de los demás. Con el objeto de tomar fuerza creíase muchas veces obligado á cerrar los ojos y á no hablar por espacio de horas enteras. Solo Dios sabe el ruido y el movimiento que se producía interiormente en él durante este silencio que se prescribía. Mr. Joubert cambiaba á cada momento de alimentos y de régimen, alimentándose un día de leches, otro de carne picada, haciéndose conducir al trote por los caminos mas ásperos ó llevar al paso por los paseos mas llanos. Cuando leía arrancaba de sus libros las hojas que le desagradaban, teniendo de este modo una biblioteca para su uso, compuesta de obras esquilmanadas, encerradas en cubiertas demasiado anchas.

Metafísico profundo, su filosofía, por medio de una elaboración peculiar suya, se transformaba en pintura ó en poesía. Platon decidido de La-Fontaine, se había formado la idea de una perfección que no le permitía concluir nada. En uno de los manuscritos hallados despues de su muerte, dice: «Yo soy como un arpa éólica, que produce á veces sonidos hermosos, y no ejecuta ningun aire.» Mad. Victorine de Chastenay decía que *parecía un alma que había hallado casualmente un cuerpo, y que salía de él como mejor podía*: definición tan ingeniosa como exacta.

Es menester reirse de los enemigos de Mr. de Fontanes, que le querían hacer pasar por un político profundo y disimulado: no era este otra cosa que un poeta irascible, franco hasta la cólera; un alma á quien la menor contrariedad ponía fuera de sí, y que no podía ocultar su opinion ni tomar la de otro. Los principios literarios de mi amigo Joubert diferían mucho de los suyos: este hallaba algo de bueno en todas las cosas y en todos los escritores: Fontanes, por el contrario, tenia horror hácia ciertas doctrinas y hácia ciertos autores. Era enemigo declarado de los principios de la composición moderna: poner á los ojos del lector la acción material, el crimen trabajando ó la horca con su cuerda, le parecía una monstruosidad: pretendía que no debía nunca verse el objeto sino en un intermedio poético, y como bajo un globo de cristal. El dolor, agotándose maquinalmente por los ojos, no le parecía mas que una sensación del Circo ó de la plaza de Greve; no comprendía el sentimiento trágico ennoblecido por la admiración y cambiado por el arte en una *dulce compasión*. Citábale yo los vasos griegos: en los arabescos de estos vasos se ve el cuerpo de Hector arrastrado por el carro de Aquiles, en tanto que una figura suspendida en el aire representa la sombra de Patroclo, consolado por la venganza del Hijo de Thetis.—«¿Y bien, Joubert! exclamó Fontanes; ¿qué decís de esta metamorfosis de la musa? ¿Cómo respe-

taban el alma aquellos griegos!» Joubert se creyó atacado, y puso en contradicción á Fontanes con él mismo, echándole en cara su indulgencia hácia mí.

Estos debates, muy cómicos á veces, eran interminables: una noche; á eso de las once y media, cuando vivía yo en la plaza de Luis XV, en el sotabanco de la casa de Mad. de Coislin, Fontanes subió mis ochenta y cuatro escalones para llamar estrepitosamente á mi puerta con el extremo de su bastón, con el objeto de terminar una discusión que había dejado interrumpida: hablábase de Picard, que él ponía en aquel momento á mayor altura que Moliere: estoy seguro de que se hubiera guardado muy bien de escribir una sola palabra de cuanto decía; Fontanes hablando y Fontanes escribiendo, eran dos hombres enteramente distintos.

Mr. de Fontanes, debo repetirlo, fue quien me animó en mis primeros ensayos: él fue quien anunció *El Genio del Cristianismo*; su musa, llena de una abnegación sublime, dirigió á la mia en el nuevo camino en que se había precipitado; él me enseñó á disimular la deformidad de los objetos por el modo de iluminarlos; á poner en cuanto me era posible la lengua clásica en boca de mis personajes románticos. Había en otro tiempo hombres conservadores del gusto, como aquellos dragones que custodiaban las manzanas de oro del jardín de las Hespérides; estos no permitían entrar á la juventud, sino cuando ya no podía echar á perder el fruto.

Los escritos de mi amigo llevan por un camino hermoso; el espíritu experimenta un bienestar y se encuentra en una situación armoniosa en que toca, encanta, y nada daña. Mr. de Fontanes revisaba incansablemente sus obras; nadie mejor que este maestro de los antiguos tiempos se hallaba convencido de la verdad de esta máxima: «Apresúrate con lentitud.» ¿Qué no diría de estos tiempos, en que, tanto en lo moral como en lo físico, se cree que nunca se camina con bastante celeridad? Mr. de Fontanes prefería viajar al compás de una deliciosa medida. Ya habeis visto lo que de él dije cuando le encontré en Londres; los sufrimientos que experimentó entonces; debo repetirlo: la vida nos obliga continuamente á llorar por el porvenir ó por el pasado.

Mr. de Bonald poseía un talento sutil; aceptábase su vivacidad como genio; su política metafísica la había soñado en el ejército de Condé en la Forest-Noire, lo mismo que esos profesores de Jéna y de Göttingue, que marcharon despues á la cabeza de sus discípulos y se dejaron matar por la libertad de Alemania. Innovador, aun cuando había sido mosquetero en el reinado de Luis XVI, miraba á los antiguos como á niños con respecto á la política y á la literatura, y pretendía empleando el primero la fatuidad del actual lenguaje, que el decano de la universidad *no estaba aun bastante adelantado para entender todo esto*.

Chenedolle, con ciencia y con talento, no natural, pero adquirido, estaba siempre tan triste; que él mismo se apellidaba *le corbeau* (el cuervo): él entraba á saco mis obras. Habíamos hecho un tratado: yo le abandonaba mis cielos, mis vapores, mis nubes; pero habíamos convenido en que él dejaría mis brisas, mis olas y mis selvas.

Hablo ahora solamente de mis amigos literarios; en cuanto á mis amigos políticos, no sé si pasarlos en silencio; ¡principios y discursos han abierto entre nosotros un abismo!

Mad. Hocquart y Mad. de Vintimille iban á la reunion de la calle Nueva del Luxemburgo. Mad. de Vintimille, mujer de otros tiempos, de las que restan muy pocas, frecuentaba el gran mundo y nos traía noticias de lo que en él pasaba: preguntábala yo si se edificaban todavía ciudades. La pintura de los escándalos que bosquejaba con una gracia picante,

sin ser ofensiva, nos hacia conocer mejor el valor de nuestra seguridad. Mad. de Vintimille, juntamente con su hermana, había sido cantada por Mr. de Laharpe. Su lenguaje era circunspecto, su carácter contenido, su talento incontestable: había vivido con las señoras de Chevreuse, de Longueville, de La Valliere, de Maintenon, con Mad. Geoffrin y Mad. du Deffaut. Adaptábase maravillosamente á una sociedad cuya valía dependía en su mayor parte de la diversidad de talentos y de la combinación de sus diferentes valores.

Mad. Hocquart fue muy querida del hermano de Mad. de Beaumont, quien se ocupó de la señora de su pensamiento hasta sobre el mismo cadalso, como Aubrac iba á la horea besando un manguito de terciopelo labrado azul, única prenda que le quedaba de los beneficios de Margarita de Valois. En parte ninguna se podrán reunir bajo el mismo techo tantas personas distinguidas, perteneciendo á clases distintas y á destinos diversos, y pudiendo hablar de las cosas mas comunes como de las mas elevadas; sencillez de asuntos que no provenia seguramente de falta de recursos, sino de la elección. Esta ha sido tal vez la última sociedad en que ha aparecido el espíritu francés del antiguo tiempo. En la nueva Francia no se encuentra hoy aquella cortesania, fruto de la educación, y transformada por el continuado uso en una especie de carácter. ¿Qué ha sido de esta sociedad? ¡Haced proyectos, reunid amigos, para prepararos un duelo eterno! Mad. de Beaumont no existe, Joubert no existe, Chenedolle no existe, Mad. de Vintimille no existe. En otro tiempo, durante las vendimias, yo visitaba en Villeneuve á Mr. Joubert; me paseaba con él por las orillas del Jonne; él cogía hongos en los sotos, y yo gusanos de luz en los prados. Hablábamos de todo, y especialmente de nuestra amiga Mad. de Beaumont, ausente para siempre: renovábamos el recuerdo de nuestras antiguas esperanzas. Por la noche volvíamos á Villeneuve, ciudad rodeada de murellas decrepitas del tiempo de Felipe Augusto, y de torres arruinadas, sobre las cuales se elevaba el humo del hogar de los vendimiadores. Joubert me hacia ver desde lejos sobre la colina una senda arenosa por entre los bosques, senda que él seguía cuando iba á ver á su vecina, oculta en la casa de campo de Passy durante el terror.

Desde la muerte de mi querido huésped, cinco ó seis veces he atravesado el Senonais. Veía aquellas orillas desde el camino real, pero Joubert no se paseaba por ellas; reconocía los árboles, los campos, las viñas, los pequeños montones de tierra en que teníamos costumbre de descansar. Al pasar por Villeneuve arrojaba una mirada sobre la calle desierta y sobre la casa cerrada de mi amigo. La última vez que me sucedió esto iba de embajador á Roma. ¡Ah! ¡Si él hubiese estado allí, le hubiera llevado conmigo á la tumba de Mad. de Beaumont! Plúgole á Dios abrir á Mr. Joubert una Roma celeste que se adaptaba mejor á su alma platónica, aunque cristiana. Ya no le volveré á encontrar aquí bajo: *yo iré hácia él: él no vendrá hácia mí* (Psalm.)

Paris 1857.

AÑO DE MI VIDA 1801.—VERANO EN SAVIGNY.

El éxito de *Atala*, habiéndome determinado á volver á empezar *El Genio del Cristianismo*, del que ya tenia impresos dos tomos, Mr. de Beaumont me propuso que me daría habitación en el campo, en una casa que acababa de alquilar en Savigny. Seis meses pasé en aquel retiro con Mr. Joubert y nuestros demás amigos.

La casa estaba situada á la entrada del pueblo del lado de París, al lado del antiguo camino real que se